

CONTESTACIÓN AL DISCURSO DE INGRESO DE D. EMILIO SERRANO ORTIZ

ÁNGEL AROCA LARA
ACADÉMICO NUMERARIO

Geográficamente hablando -en lo espiritual todo se agiganta-, sólo el viento que aguza los remozados despojos de la azuda de Martos separa al recipiendario de Santiago Matamoros. A un lado, el Apóstol espada en ristre y un río bermejo que es tributo de cientos de cabezas cortadas, lívidas, tumefactas, sin más vida que la polícroma de los turbantes ensangrentados: la furia desatada con halo de santidad. Al otro, el sosiego entre patios de un obrador silente, feudo ya raro de la armonía de Córdoba, donde la “media creta” dormida sobre tabla se deja acariciar por el pincel. Cada mañana un rosetón de arquillos entrelazados que fulge en puntas de diamante, a guisa de sol que amanece en exclusiva para Emilio Serrano, ilumina la puerta moruna del estudio. Tras ella, el artista labora y quizá ora también con el pincel, pues la paciencia monacal, incuestionable en su obra, se ayunta las más de las veces, prácticamente todas, al canto reverente al prodigio del Creador, que se prodiga, asimismo, en el cenobio.

Y hablando del claustro, me viene a la memoria Fray Angélico haciendo su oración de pinceladas en el convento florentino de San Marcos, atendiendo a la importación y manufactura del polvo de lapislázuli que ha llegado de Persia para teñir de azul los mantos de sus vírgenes turbadas por la súbita presencia del ángel. Y al saltar en el tiempo, veo a Emilio Serrano quebrantando el silencio de su estudio con la lija insistente, disolviendo los pigmentos terrosos con las viejas recetas de Cennino Cennini para matar el blanco de zinc, hiriente, e insuflarle la atmósfera que conviene a su cuadro. Esta “cocina”, minuciosamente elaborada, es crucial para obtener el resultado apetecido en cada obra y el pundonor y la profesionalidad del artista no le permiten escatimar esfuerzos. Con independencia de su genio, de su seguridad en el trazo, de su dominio sorprendente del dibujo, la calidad de la obra de Emilio Serrano se sustenta en este quehacer paciente y sin brillo, comúnmente desdeñado por los pseudoartistas de nuestro tiempo, que sólo consideran digno de su “talento” esgrimir el pincel en los escasos días en que la inspiración viene a visitarlos.

Todos los vientos que enhebran las mil y una azudas de los mil y un molinos que se alzan entre el Arte y el despropósito, venerado como el primero con demasiada frecuencia, separan a estos desnortados de Emilio Serrano. Sus cuadros, los de Emilio, amén de un alarde de maestría, son una lección de buen hacer, de humildad monástica consumada antes de que el grafito o el pincel venga a deslumbrarnos con su arabesco. La textura diversa de la superficie y las manchas de ocres o de azules, lejos de ser aleatorias, obedecen a una sabia reflexión sobre el tema al que habrán de servir de soporte, son como el adjetivo bien elegido que subraya y vitaliza al sustantivo.

Sobre esta página, que dista mucho de estar en blanco, el artista compone sin perder de vista la sección áurea, que fue maestra de los grandes del Cuatrocento; compartimenta el escenario ajustándose a sus proporciones numéricas. Bastaría repasar la historia de la pintura contemporánea para constatar cómo a muchos les valió este paso para recibir el espaldarazo de la crítica, pero Emilio Serrano, aún salvaguardada la armonía, se sabe a mitad de camino; la meta perseguida se halla a muchas horas de esfuerzo por desvanecer la albura que recata las formas, de concentración para preservar los blancos, de trazos precisos, absolutamente seguros, pues la técnica elegida en sus dibujos no deja margen al arrepentimiento. Sólo cuando todo el oficio de una vida fecunda se ve respaldado por este pundonor, que admiro en Emilio Serrano tanto como su capacidad creadora, pueden alcanzarse las cotas de maestría que nos asombran en su obra.

Por añadidura, el realismo de nuestro artista no se limita a representar las cosas tal como son, con toda su autenticidad documental, sino que plasma su personal relación con la realidad representada. Y recuerdo su última exposición cordobesa; había en aquellos dibujos tal carga de añoranza, que trascendía su ya reconocida capacidad de deslumbrarnos, para seducirnos hasta cautivamos a cuantos vivimos nuestra infancia en aquellos años de carencias, que fueron los cincuenta del siglo pasado; mucho más, seguramente, a quienes tuvieran la dicha de vivirla en Córdoba. No había sino mirarlos para saber que Emilio Serrano fue prodigiosamente feliz en el universo precario de su infancia. Era aún el tiempo de jugar en las calles de esta ciudad que, aunque vieja, era medio siglo más joven, y más pobre y más pueblerina y más viva y más humana y quizá más Córdoba. Las coplas de Antonio Molina salían a borbotones de la radio en competencia desleal con el cante antiguo que trascendía de las tabernas, el tiempo dormitaba en relojes -parados casi siempre-, la cotidianidad del cesto de la fruta se ofrecía en el ara doméstica, de blancura impoluta, de puntadas sin cuento de mujer, junto al lujo poético de la flor siempre viva en los arriates de los patios de Córdoba, y la esquiva fortuna se fiaba al azar. Era aún el tiempo de cartas releídas de amor presas por la cinta de raso, de espera de muchachas, perpetuando el rito de sus madres y abuelas en los lienzos de Romero de Torres, siempre la mirada perdida en La Ribera. Era aún aquel tiempo dorado de caballos de cartón y de muñecas-niñas en el que se escuchaban las voces de las madres llamando a mesa puesta.

Si el beneficiario no hubiera sido un niño feliz, se habrían desvanecido sus recuerdos o acaso le hubieran inspirado una crónica amarga de aquella realidad de luces y de sombras, pero Emilio Serrano fue feliz, no cabe duda, quizá porque tuvo el pequeño caballo de cartón omnipresente en su obra o, lo que parece más seguro, porque pasó su infancia dibujando. Alguna vez me ha dicho que solía sorprender a las vecinas con su habilidad para el dibujo, especialmente a María Yuste, quien con cualquier pretexto le miraba las manos por ver si hallaba en ellas algo especial. “No lo entiendo -solía decirle-, son iguales que las mías”. La manos sí, desde luego, pero aquella buena mujer nunca tuvo la predisposición innata para expresar plásticamente cuanto impresionaba sus retinas. Sensible y receptivo en extremo, Emilio Serrano aprehendió todas las facetas de aquella realidad lejana para mostrárnosla con la frescura de lo inmediato. La pobreza y el abandono, que padecieron infinidad de niños cordobeses en el alba de la década de los cincuenta, aparecían también sin ambages en aquellos cuadros y, como la obra de arte se completa con la contemplación del espectador y siendo una puede ser diversa, probablemente fuera este mensaje el que se revelara más nítido a los desventurados de entonces. Eso sí, siempre mitigado por el nobilísimo paisaje urbano de Córdoba y atemperado en la natural seducción por la belleza que anida en el alma del artista.

Es precisamente esta tendencia a idealizar la realidad o, por decirlo con más preci-

sión, a descubrir la cara más idealmente hermosa de la misma, la que planea en sus homenajes a la Música y las Bellas Artes, la que preside “El sueño” y subyace tras la ensoñación de las muchachas en “La feria de los discretos”; la que sublima y solemniza lo cotidiano en “La adoración del Cordero Místico”, la que tersa la piel crujiente de las uvas y nos permite intuir los rubíes jugosos que preñan las granadas de sus elegantísimos bodegones, que ahora se enojan con el color. Hace días tuve oportunidad de verlos y aún conservo el asombro congelado en mis ojos: los verdes, los azules, los amarillos, los rojos palpitantes que dan vida a la materia. Estos últimos bodegones son tan hermosos, tan pulcros, están tan incontaminados de vulgaridad, pese a ser reales, que parece que Emilio hubiera pretendido mejorar la obra del Creador. Tras ellos están, sin duda, Sánchez Cotán, Meléndez, el mismo Velázquez, y hasta Romero Barros, lo más escogido de nuestra pintura, pero no me los imagino en las mesas austeras de la España de los Austrias, sino en los refinados manteles venecianos del Veronés. Y es que, el niño feliz que recuerda con absoluta precisión el mundo de su infancia, se desvanece ante el fulgor del artista capaz de relatar magistralmente dicho mundo, ante el hombre culto, versado en el mito, que conoce los ingredientes de la alegoría, que ha aprendido de todos los grandes maestros y sabe de la depurada belleza de la esencia. No obstante, hay algo en la obra reciente de Emilio Serrano que nos remite de nuevo a su juventud, a su tiempo de alumno en las clases de “El Dibujo de Antiguo y Ropaje”. Allí, él nos lo ha dicho, además de adiestrar la mano y conseguir la firmeza y precisión del trazo, fue asimilando las proporciones, la armonía nunca superada del arte clásico.

Para los griegos antiguos la belleza residía en la ajustada relación de cada parte con sus fronteras y de todas y cada una de ellas con el conjunto. Todo en aquel arte sublime estuvo sometido a la tiranía del canon, desde la figura humana hasta la columna del peristilo de un templo. Existieron variantes canónicas y la relación entre el módulo y el conjunto varió de Fidias a Lissipo, del orden dórico al corintio, pero el norte inequívoco de los griegos fue la proporción. El pueblo que nos legó la democracia, que estimuló la participación del ciudadano en las empresas de la “polis”, que tuvo la habilidad de crear unos dioses lascivos, envidiosos, traicioneros..., en definitiva, a la medida de los humanos, también nos dio en herencia una estética insuperable que mantiene su vigencia después de dos mil quinientos años.

El recipiendario lo sabe muy bien, lo supo desde que era muchacho y jamás ha perdido el norte de Apeles, de Zeusis, de Exekias, de Parrasio,... . De aquí lo equilibrado de sus composiciones y la belleza ideal de sus modelos. Sabe que no puede hacerse nada más hermoso que la Victoria de Samotracia -el vientre insinuado tras el chitón- y nunca ha pretendido ponerle cabeza. Quizá piense que no vale la pena discurrir por senderos inciertos, cuando el camino recto está trazado desde antiguo.

Hoy, al ingresar en nuestra querida Academia, lo ha hecho con un dibujo excelente y su pundonor le ha llevado a exceder el precepto ilustrándolo con el discurso oral, precisamente sobre las excelencias del dibujo. Nos ha dicho que éste es aglutinante de las artes, y es verdad, pues todas ellas necesitan servirse de él si buscan alcanzar la cumbre.

Y recuerdo una mañana brumosa del último otoño en la Torre Gálata. Estambul aparecía difusa, como “la ciudad de ensueño y maravilla donde todo es misterio” de que nos habla Pierre Loti y a punto de disolverse como un azucarillo erizado de minaretes en las aguas del Bósforo. Todo era incierto y me excitaba tratar de establecer los perfiles que me permitieran identificar la Mezquita Azul, la Süleymaniye, Santa Sofía, las cupulillas del Bazar Egipcio, las del Topkapı Sarayı, los rascacielos que se alzan más allá de Taksim ... Oteé una y otra vez los trescientos sesenta grados de horizonte que

me brindaba la vieja atalaya genovesa y quise que no saliera el sol, pues la antigua corte de Justiniano se me mostraba en el zénit de su belleza, jamás la había visto así y quizá nunca vuelva a verla pero su imagen me habrá de acompañar hasta el último aliento, como esas otras delicias turcas que se enredan insistentes en el paladar.

El sol terminó abriéndose paso entre las nubes y fue dibujando paulatinamente la ciudad para regocijo de la veintena de turistas con quienes compartía el mirador. Yo, contrariado, bajé de la torre pensando en los amaneceres y crepúsculos de Eduard Monet y en tantos espléndidos dibujantes que han sido capaces de brindarnos bellísimas visiones brumosas o distorsionadas de la realidad, fundamentadas precisamente en su excepcional formación dibujística, Tras la Estambul de misterio e inconcreción que acababa de conocer y a la que el sol, como un redivivo Atatürk, le había arrebatado el velo de súbito para que nos mostrara su belleza cotidiana, había sin duda dibujos sin cuento de Antemio de Tralles, de Acem Alí, de Hayreddin, de Mehemet Aga, de Sinán,... ¡Cuántos dibujos tras el Hermes de Praxíteles, que nos aguarda inopinadamente donde se acaban los despojos del templo de Zeus en el Museo de Olimpia! ¡cuántos dibujos tras el esplendor de la bóveda de la Capilla Sixtina! ¡cuántos tras la sala hipóstila del templo de Karnac, cuyo recuerdo me sigue estremeciendo!

Estimo, como el recipiendario, que el dibujo es esencial en todo cuanto aspire a ser Arte; y no es que defienda a ultranza la plástica academicista, admiro a Munch, que se atrevió a distorsionar la línea en aras de la expresión, el cubismo analítico de Picasso, los delirios oníricos de Chagall, la furia colorista de Matisse, y la persecución obsesiva de la luz de Degas, pues todos ellos partieron de un dibujo impecable que alteraron para servir mejor el particular objetivo perseguido. Detesto, en cambio, el camelo que ocasionalmente planea en el arte rupturista, pues en este "totus revolutum" más de uno ha enmascarado su incompetencia.

Emilio Serrano, como buen cordobés ha huido sistemáticamente de la notoriedad. El común de sus paisanos apenas sabe de sus galardones, de sus éxitos en Sevilla, Madrid, Barcelona, Roma o Bruselas. Quizá nadie sepa que fue seleccionado para representar a España en la exposición "El Realismo español" del Museo Puskin de Moscú, y muy pocos conocen que su nombre aparece entre los veinte grabadores más representativos de nuestro tiempo, junto a Cristóbal Toral, Picasso, Dalí o Eduardo Naranjo, según la selección realizada por los especialistas del Museo del Grabado Español Contemporáneo. "Fuendecantos -ha dicho Antonio Gala- tiene a Zurbarán, su cateto exquisito; Monesterio tiene a Naranjo, rotundo y perfumado y enigmático"; nuestra Academia -añado- tuvo a Julio Romero de Torres, paradigma de la identificación de un pintor con su ciudad, y ya tiene también a Emilio Serrano, dibujante eximio, pintor exquisito y maestro de grabadores. Cuantos amamos esta Institución nos congratulamos de que sea al fin uno de los nuestros.